



XIV.

Un Consejo Sabio.—Los Mas Fuertes.—Costo de la Guerra.—El Honor Nacional y la Riqueza.—Riqueza y Patriotismo.—La Salvacion del Pais.—Los Revolucionarios.

Mitrídates se hallaba en Corinto y los atenienses, que acostumbraban siempre tomar consejo de sus hombres ilustres en los momentos de peligro, pensaron en Foción,—el General prudentísimo,—entonces casi relegado á la obscuridad.

—¿Qué deberemos hacer, preguntóle alguien, para conjurar el peligro?—“Sed los más fuertes,” replicóle el filósofo guerrero, “ó haceos amigos de los más fuertes.”

“*Sed los mas fuertes!*” He allí todo un programa de administración civil y militar, una empresa noble, digna de un pueblo que “se siente vivir” y ambiciona altos destinos.

“Sed los más fuertes;” es decir, “imitad al pugilista que se veda voluntariamente cuanto pudiera debilitar sus músculos.” La empresa no es leve, pero tampoco imposible. Lo que el Japón hizo, ¿por qué Méjico no podría hacerlo? Ser fuerte en la guerra y respetado en la paz, es el desideratum de todas las potencias moder-

nas—que merecen el título de tales.—En los tiempos bárbaros (ó heróicos, como se quiera llamarlos), cuando el despojo del enemigo era un derecho, la *Fortuna* presidía á las cosas de la guerra: la expoliación, el robo y la matanza, resolvían fácilmente intrincados problemas de proveduría. Todo quedaba reducido á pasar á filo de espada los pueblos dominados, y robarles todos sus bienes. Moisés y los generales trashumantes que le siguieron por Egipto y Siria—con carácter de pontífices videntes y guerreros—proporcionan excelentes ejemplos de clásico vandalismo marcial. Hasta los espartanos, frugales y sórdidos en comer y vestir, hacían sus guerras con los tesoros del enemigo. Guerrrear, entonces, era relativamente barato, para los vencedores; aunque, por oposición, terriblemente caro, para los vencidos. Gastó menos Grecia para conquistar el mundo, con Alejandro, que los japoneses para tomar Puerto Arturo. Un disparo de *long-tom*, de 12 pulgadas, cuesta tanto como 40 espadas y 70 lanzas de las que sirvieron para combatir en la Edad Media. La escuadra de Pausanias, en Bizancio, después de verificada la Unión Naval Helénica, valía mucho menos que un acorazado moderno de 8 á 10 mil toneladas.—La guerra en los tiempos actuales es *terriblemente cara*.

Pensad en esto y ved cómo la fuerza, el HONOR de la nación, en nuestros tiempos, tiene su registro en las arcas del tesoro. “*Sed fuertes,*” equivale ahora á decir:

“sed ricos.” Por consiguiente, contribuir por cuantos medios estén á nuestro alcance al desarrollo de la riqueza nacional, es la empresa más *patriótica* que pueda imponerse todo mejicano, que en verdad ame á su patria.

—¿Y cómo podremos contribuir al enriquecimiento de la Nación?—Muy sencillamente: procurad enriqueceros *vosotros mismos*; y así, sin pretenderlo ni daros cuenta de ello, habreis realizado un acto del más trascendental patriotismo.

Haceos ricos, adquirid un pedazo de ese país en que nacisteis: un huerto que os dé frutos, un árbol que os refresque con su sombra. *Poseed y conservad algo* de vuestra propia tierra. Y *amad ese algo*, como se aman las cosas sagradas, las prendas de familia.

Y cuando os hagais “propietarios,” pensad que, en la Historia del Mundo, el “derecho de propiedad” fué todavía más sagrado que el “derecho de vida.” Las luchas primitivas del hombre fueron en torno de la heredad. En lo moderno, la guerra no implica el robo, ni siquiera la expoliación—*salvo en Hispano-América!*...

Esta salvedad era preciso hacerla; porque en nuestros países, desgraciadamente, guerra y pillaje corren aparejados.

Lo diré de una vez: la salvación de nuestros países, está en ser *fuertes*, basando la “fuerza” en un estado bonancible de la riqueza pública. Para que ésta sea

sólida, es preciso que no solamente los *extranjeros*, sino, *en primer lugar*, los *nacionales* se enriquezcan. De esta suerte, el Tesoro Nacional prospera y los servicios públicos se desarrollan y perfeccionan.

Si es necesario ser fuertes en la guerra, y la guerra es cara en nuestros días, ser ricos es una necesidad que el patriotismo no sólo reclama, sino que más bien impone.

Ahora bien, reflexiónese desapasionadamente sobre lo expuesto y dígasenos: ¿cómo deberemos llamar á quienes pretenden debilitar á la Nación, empobrecerla, dividirla, expoliarla, robarla y sacrificarla, creándola disturbios y REVOLUCIONES?.... ¿Acaso locos? ¿Malvados acaso?—Llamémosles nada más *descarriados*,— ya que por favor de la Providencia, el camino del error es casi siempre llano para desandarse. Una antorcha inerrable nos acompaña en el regreso: la conciencia.

